

duda, con el festival español. Este año en Antibes ha habido dos reclamos: Armstrong y Dave Brubeck. Un Armstrong envejecido y carente del vigor de sus buenos tiempos, un Armstrong vigilado continuamente por su médico de cabecera, un Armstrong confiado en un repertorio excesivamente standard («Volare», «The girl of Ipanema», «Mack the knife», «Hello Dolly»), un Armstrong que toca menos la trompeta en favor de la interpretación vocal: y en este sentido, en éste sí, el viejo «Dipper mouth» sigue siendo irremplazable. Brubeck ha vuelto a dar su lección de pretendido clasicismo. El cuarteto —Paul Desmond, saxo alto; Joe Morello, batería; Gene Wright, contrabajo, y Brubeck, piano— se mantiene estancado en una fórmula que levanta polémicas hace años: ahora se mantiene en ese clasicismo sin sorpresas; la única permitida es la que otorga Desmond cuando se deja llevar por su fantasía y su lirismo. La presentación del cuarteto en Antibes era como una despedida de su miembro más ilustre y renovador: Paul Desmond abandona la formación. Creará su propio cuarteto. Las mayores ovaciones fueron para él. Como ocurrió en Barcelona...

Los espectadores de Antibes habrán recordado, seguramente, los buenos tiempos de su festival: cuando por el escenario desfilaron Sarah Vaughan, Ella Fitzgerald, Anita O'Day, Dizzy Gillespie, Miles Davis, John Coltrane, Duke Ellington, Woody Herman, Charlie Mingus... Este año, sólo dos reclamos importantes: una figura legendaria y cansada y un monolítico clasicismo.

Y, después, la experimentación. Ha llamado particularmente la atención de la crítica la presencia de John Handy Quartet. Handy toca el saxo alto potenciado por un amplificador que le permite, a voluntad, modificar la sonoridad de su instrumento. Se ha hablado del sucesor más calificado de John Coltrane. Un crítico, Jean-Pierre Binchet, ha opinado de él: «Dotado de una técnica instrumental excelente, Handy evolucionó a medio camino entre la rebeldía y la seducción».

The Stars of Faith llevaron a Antibes el auténtico grito de protesta, que muy bien podía emparentarse con los acontecimientos que se desarrollaban contemporáneamente en los Estados Unidos. Cinco gruesas mujeres y un pianista lleno de dinamismo y coraje interpretaron Gospel Song: cantaron, gritaron y aullaron. Reflejaron el es-

tado de tensión y excitación que sufren sus hermanos de raza en este sangriento verano norteamericano del 67. El jazz vuelve a sus orígenes. Con los Stars of Faith ha vuelto a ser el reclamo enérgico de una raza humillada y explotada.

Antibes ha languidecido este año en cierto sentido. A lo largo de ocho años ha mantenido en Europa la bandera del jazz. Al menos hay que reconocer a la localidad de la Costa Azul esta cualidad de pionera de lo que alguien ha llamado «la música más representativa de nuestro siglo».

ARTE

CHAGALL: OCHENTA AÑOS

Desde hace tres años, el museo de la Fundación Maeght, en Saint-Paul-de-Vence, uno de los lugares más bellos de la Costa Azul, es visitado por unos seiscientos turistas diarios, a pesar de que sus constructores no esperaban sobrepasar la cifra de unas cuantas decenas. Aimé Maeght, el célebre marchante, promotor de la idea, ha logrado crear un conjunto perfectamente armónico en el que las pinturas y esculturas expuestas encuentran un marco totalmente adecuado, en muchos casos tan admirable como ellas. El pasado día 7 el museo ha servido de escenario a una cena de gala en homenaje a Chagall; con motivo de su ochenta aniversario; con tal ocasión se ha inaugurado una exposición de ciento cincuenta obras del maestro, las mejores realizadas por él en los últimos veinte años, que son las que lleva con Maeght.

La cena, a la que estaba invitado André Malraux, no contó con su presencia. Tampoco asistió Picasso, que ni siquiera fue invitado, dado que cuando se celebró su propio homenaje se negó a asistir a él. Si estaban, en cambio, Max Ernst, Prévert, Saint-John Perse y todos los grandes coleccionistas de pintura que actualmente se encuentran en la Costa Azul, Chagall, aunque asistió, no parecía encantado de tener que hacerlo, a pesar de vivir en la propia localidad, después de haber pasado varios años, desde su regreso del exilio en Estados Unidos, al lado, en Vence. En la actualidad, el pintor trabaja dieciséis horas por día, preparando cinco tapices de cuarenta metros cuadrados cada uno, unos mosaicos que decorarán el Parlamento de Israel.

CHAGALL: OCHENTA AÑOS



ART BUCHWALD

LA PACIFICACION DE U. S. A.

Washington.—Lo peor que los Estados Unidos pudieron hacer en el Vietnam del Sur fue introducir la televisión. Esta ha proporcionado a los vietnamitas una oportunidad de ver los programas informativos norteamericanos, lo que ha despertado mu-

chas inquietudes en la mente de nuestros amigos del Sudeste asiático. Dos parejas vietnamitas estaban viendo un programa la otra noche, a unos pocos kilómetros de Saigón. El programa se refería a Newark, Detroit, Harlem, Nueva Jersey, etc.

—Bueno —dijo uno de los vietnamitas al finalizar el programa—, parece que van bien militarmente, pero su plan de pacificación deja mucho que desear.

—Creo que la dificultad —dijo el otro vietnamita— es que usted desea resultados inmediatos. Tiene que recordar que los Estados Unidos son un país joven que estuvo bajo el dominio de los británicos hasta 1775. No puede pedirse que resuelva sus diferencias en menos de trescientos años...

—...Porque para una conversación —intervino una de las esposas— se necesitan dos interlocutores y el gobierno de Washington no parece que esté haciendo llegar sus deseos al pueblo en los campos. ¿No es así, Cao?

—Es cierto. Creo que la estructura política de los Estados Unidos es muy débil en estos momentos. En vez de resolver sus problemas, los partidos políticos se acusan mutuamente por los disturbios en las ciudades.

—Pero, ¿por qué no hacemos nada nosotros al respecto? —preguntó la otra esposa vietnamita.

—Los vietnamitas del Sur sólo pueden aconsejar a los Estados Unidos en cómo dirigir sus asuntos. No podemos meternos en su política interna, porque nos acusarían de colonialismo. Todo lo que podemos hacer es impulsarles a celebrar elecciones en 1968 y esperar que elijan a personas que se preocupen sinceramente por el país.

—Estoy en desacuerdo con eso —dijo un esposo—. Vietnam del Sur tiene gran interés en los Estados Unidos y creo que deberíamos preocuparnos intensamente por sus problemas. Es obvio que está ocurriendo allí una revolución que no pueden sofocar por sus propios medios.

—¿Quiere usted decir que abogaría por el envío de jóvenes vietnamitas a Detroit?

—Sí; tenemos un compromiso con los Estados Unidos, y si están en dificultades debemos cumplirlo.

—Creo que enviar tropas vietnamitas a los Estados Unidos en estos momentos —replicó una de las esposas— sería una trágica equivoación. Si queremos que los Estados Unidos aprendan a gobernarse, deben servirse de sus propias tropas. Creo que debemos ofrecerles consejos, pero no soldados.

—Pero si el presidente Johnson y el gobernador Romney no pueden ponerse de acuerdo sobre el uso de tropas, ¿cómo va a ser pacificado el país?

—Es cierto: ¿cómo vamos a permitir que el país se hunda? —preguntó una de las mujeres.

—No creo que pueda resolverse nada con tropas —respondió tajantemente uno de los hombres—. Primero hay que ganarse los corazones y las mentes del pueblo norteamericano. Hay que convencerle de que bombardear e incendiar sus propias ciudades sólo puede resultar destructivo a la larga.

—Nosotros podemos decirlo, sentados aquí frente a nuestra televisión. Pero me pregunto si haríamos lo mismo si estuviéramos en los Estados Unidos cavilando sobre lo que traerá el futuro...

(Copyright 1967. The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service. Agencia Zardoya).

Chagall, de origen ruso, es hijo de un modesto obrero de Vitebsk, y llegó a París gracias al consejo de Baksts, el decorador de los legendarios ballets rusos de Diaghiliev, con una beca. Desempeñó el cargo de comisario del pueblo para las Bellas Artes durante la revolución soviética. Luego se instaló definitivamente en la capital francesa, que abandonó durante la época de la ocupación para residir en Esta-

dos Unidos. A pesar de su edad sigue trabajando incansablemente, siempre dentro de la línea que le hizo famoso. Recientemente decoró el nuevo techo de la Opera de París. Picasso ha dicho de él: «Cuando pinta, no se sabe si duerme o está despierto. Debe tener un ángel en la cabeza...». En la foto, Chagall ante su obra «La vida».

Fotos: CIFRA y EUROPA PRESS